Capítulo I
La Paz de Westfalia

La Paz de Westfalia es como una catedral de la que muchos hablan y pocos visitan. Por ello, considero que la mejor manera para acercarnos y comprender la complejidad y la trascendencia de ese proceso de pacificación es adentrándonos en la guerra que le precedió y en la época en que se pactó.

La Guerra de Treinta Años ha sido explorada por centenares de historiadores. Existen cerca de cuatro mil títulos sobre la Paz de Westfalia y, como Peter Wilson señala, "cubrir todos sus aspectos requiere el conocimiento de por lo menos 14 lenguajes europeos y muchas vidas dedicadas a la investigación".[1] Extraviarse en ese laberinto no ilumina el panorama, así que he escogido una ruta distinta: aprovechar las crónicas consagradas y recoger los debates que han resistido el paso del tiempo, combinando la visión de los historiadores con la de los juristas e internacionalistas que nos ofrecen una perspectiva sobre las consecuencias del proceso de paz.

En el siglo XVII, alcanzaron un mayor grado de evolución tendencias que habían estado en gestación en las ciencias, las artes, la política y la filosofía. En la ruptura del orden establecido por un conflicto tan prolongado, estas fuerzas encontraron posibilidades de crecer y expresarse con mayor fuerza. Durante las décadas siguientes, estas nuevas tendencias se harán más evidentes en el desarrollo del conocimiento y en la transformación de los hábitos de vida. La Guerra de Treinta Años y la Paz de Westfalia deben verse en el contexto de este proceso de crecimiento y contradicción.

Los progresos del pensamiento político

El surgimiento de los Estados europeos estuvo asociado al destino de las casas reales. Después de un largo periodo de luchas por las prerrogativas medievales de los barones, a mediados del siglo xvi, "lo que asombra es el crecimiento del poder monárquico", un regreso al centralismo político que dio paso a los Estados nacionales. "Con Luis XI en Francia, Enrique VIII en Inglaterra y Fernando e Isabel en España, los nobles alcanzan una fuerza y un prestigio que nunca poseyeron, y que se desarrollará con sus sucesores".[2]

El Estado dinástico era la forma de organización política de los protagonistas europeos, sus gobernantes concebían a sus Estados como su herencia y propiedad personal. Esta concepción patrimonialista influía en la definición de sus designios políticos, tanto en la guerra como en la paz.

A pesar de los éxitos de las casas reales, la columna vertebral de su autoridad —el derecho divino como sustento de la monarquía absoluta— estaba siendo atacada desde dos frentes: la reforma religiosa y el desarrollo científico. No olvidemos que en el mundo medieval, el orden del universo se proyectaba en la vida social:

> El sol giraba alrededor de la tierra y con él, jerárquicamente ordenados, giraban las esferas, los planetas y las estrellas. Había en el universo un orden de los elementos, un orden de los coros angelicales y, sobre la tierra, el correspondiente orden de las condiciones. Había señores y vasallos de los vasallos. El poder real provenía de Dios y todo el poder sobre la tierra no era más que un reflejo.[3]

Este orden que parecía inamovible fue sacudido en sus fundamentos por los avances del conocimiento. El descubrimiento de Nicolás Copérnico[4] no sólo "describía los principales fenómenos astronómicos conocidos, de manera más simple", sino vendría a ejercer un impacto que se proyectó en la literatura y en la política. Seis décadas más tarde Shakespeare recoge este tema en *Ricardo II*: la tragedia del destronamiento, pero no solamente del destronamiento de Ricardo, sino del destronamiento del rey, de la idea del poder real [...] En los primeros actos el rey es comparado con el sol; cegaba como éste, y había que bajar los ojos estando cerca de Su Majestad. Luego, el sol cayó al abismo y, junto con él, todo el orden del universo.[5]

Afuera del escenario, en el gran teatro del mundo, estaba sucediendo lo mismo. Las luchas del siglo xvi entre católicos y protestantes, y las persecuciones desatadas por los monarcas generaron una literatura con fundamento teológico que puso en duda la legitimidad de la autoridad del rey y llegó a plantear la legitimidad del tiranicidio. En España, con el padre de Mariana y con la contribución de los teólogos ingleses opuestos a María Tudor, se desarrolló este nuevo y temerario pensamiento político: "el monarca puede ser sujeto a juicio y a las sanciones más severas como al común de los hombres". Éste es el antecedente del derecho a la revolución.

En los siglos xvi y xvii se configuró un pensamiento preliberal a partir de diversas vertientes: el conflicto medieval entre los señores feudales y el monarca, y la incorporación a esta lucha de las ciudades y las comunidades. En los países políticamente más avanzados, como Inglaterra, este proceso condujo a la transformación de las asambleas o estados generales, en una vida parlamentaria institucionalizada.

Inglaterra fue la primera comunidad política organizada a través de una teoría explícita y la práctica de la representación.[6] La cruenta disputa entre la monarquía y el parlamento sobre la naturaleza del buen gobierno y el estallido de la guerra civil produjeron una nueva conciencia política. Sin embargo, esta transformación se dio a espaldas del resto de Europa. Mientras la Guerra de Treinta Años sucede en el corazón del continente europeo, al norte del Canal de la Mancha, la revolución de Cromwell triunfa en Londres y, en 1648, el mismo año en que se firma la Paz de Westfalia, tiene lugar el primer "juicio público que desemboca en una sentencia de ejecución de un monarca". Carlos I no muere asesinado en la oscuridad, es ejecutado ante la presencia de una multitud.

Los agudos conflictos de poder se reflejaron en el pensamiento político que dio un notable salto a comienzos del siglo xvi con la obra de Nicolás Maquiavelo: el término Estado (*lo stato*) comenzó a utilizarse. En 1576, la publicación de los *Seis libros sobre el Estado,* de Juan Bodino, continuó abonando esta evolución, particularmente con sus ideas de un gobierno fuerte que hiciera posible la seguridad y bienestar de los ciudadanos, y su concepto de la soberanía como "el poder absoluto y perpetuo del Estado".[7] En los tiempos de Westfalia, Thomas Hobbes ocupó un lugar tan importante como el que tuvieron estos dos pensadores y, en 1651, publicó *Leviatán,* en donde explora con un enfoque moderno muchos de los temas centrales de la teoría del Estado y el concepto de soberanía.

Si bien las estructuras tradicionales de poder en Francia, España y el Sacro Imperio Romano Germánico aún no estaban capacitadas para lidiar con estos cambios, Europa se hacía más urbana y menos rural. El tejido social se alteraba por la creación de nuevas formas de riqueza y la emergencia de nuevos grupos sociales. Comerciantes y banqueros, habitantes de los puertos, de las medianas ciudades, de los centros de las ferias y de las aduanas en las vías pluviales y terrestres fueron imponiendo sus hábitos de vida y formas de pensar.

Las nuevas demandas de derechos políticos en un principio fueron reprimidas, pero —en las regiones más tolerantes— los cambios se abrieron paso y coexistieron con el viejo orden. Se estaba preparando el terreno para una transformación profunda. La Guerra de Treinta Años sacudió el orden establecido y cambió la correlación de fuerzas entre los Estados europeos.

Las causas de la guerra

Tres grandes hechos sacudieron en sus cimientos al orden establecido:

1. Los conflictos del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico con los príncipes alemanes y la nobleza protestante de Bohemia.
2. El frágil arreglo del cisma religioso, entre católicos y protestantes, y la irrupción del calvinismo.
3. Las ambiciones territoriales y las rivalidades de los Habsburgo de España y Austria con los Borbones de Francia.

Los conflictos entre el emperador y los príncipes alemanes

El mundo germánico enfrentaba una profunda crisis y sería el principal escenario de las hostilidades.[8] Alemania[9] tenía un valor estratégico por su ubicación en el centro de Europa y las grandes casas aduanales de Frankfurt, Leipzig, Núremberg y Augsburgo —situadas en la intersección de una extensa red de caminos— controlaban el comercio y la comunicación.

El Sacro Imperio Romano Germánico inspirado en la organización política fundada por Carlomagno ocho siglos antes, aunque cumplió su misión como la única fórmula posible de gobernabilidad

entre las diversas tribus germánicas, ya no funcionaba en las nuevas condiciones. Este sistema de gobierno consensual estaba prendido con alfileres y asociado a un conflicto permanente.

A diferencia de España y Francia, en donde el régimen político alcanzó en el siglo XVII un alto grado de definición, en Alemania sucedió lo contrario. Henri Pirenne describe con lucidez esa anarquía monárquica y las contradicciones de su sistema político, al que faltaban todos los atributos de la soberanía y que consistía en:

> [...] una multitud de príncipes eclesiásticos o laicos, repúblicas urbanas (ciudades libres), que gozaban de una independencia absoluta, y una Dieta (Reichstag) cuyas atribuciones estaban mal delimitadas y cuya composición resulta extraña.[10]

Las bases de este peculiar sistema ya nada tenían que ver con el inestable siglo XVII. Ese conjunto compuesto de partes, que no constituía un todo, estaba encabezado por la dinastía Habsburgo, que por un siglo impuso su voluntad en la elección del emperador en la Dieta de los Grandes Electores, pero carecía de los recursos para ejercer el poder eficazmente. Mientras tanto, los príncipes alemanes perseguían, de manera creciente, sus propios intereses.

Desde una visión retrospectiva, Golo Mann señala que, en la historia de Alemania, el imperio fue importante por dos razones: fue un obstáculo para su unidad, lo que generó reacciones y desarrollos positivos en los territorios independientes, y "fue la fuente de una leyenda, de una idea y una memoria".[11]

El frágil arreglo religioso

Cien años antes del estallido de la guerra, tuvo lugar, en el fraccionado espacio germánico, una profunda escisión religiosa encabezada por Martín Lutero. Su desafío tenía antecedentes en previos intentos por renovar al catolicismo. Lutero buscaba la reforma de la Iglesia, no la secesión, y se enfrentó a la autoridad papal cuando su interpretación de la doctrina y sus propuestas fueron rechazadas.

En la antigua Worms, Lutero presentó a Carlos V las razones que apoyaban su protesta por las desviaciones de la Iglesia de Roma y concluyó su alegato ante los consejeros y los oficiales de la corte con la misma firmeza con que había fijado sus posiciones en las puertas de

la Catedral de Wittenberg: “Mientras no se me rebata por medio de la Sagrada Escritura o la clara razón, no puedo ni quiero retractarme, ya que obrar contra conciencia es penoso y peligroso. Que Dios me ayude, amén”.[12] La frase con la cual cerró sus argumentos: “Aquí estoy de pie. No puedo actuar en otra forma”, se convertiría en un estandarte de la rebelión.

Al día siguiente de la intervención de Lutero, el emperador le dio respuesta y afirmó su fe católica. En efecto:

> Después de haber escuchado ayer aquí el discurso de Lutero, os digo que lamento haber titubeado tanto tiempo en proceder contra él. No volveré a escucharlo jamás; que se respete su salvoconducto, pero de aquí en adelante lo consideraré como hereje notorio.[13]

Europa, con la Reforma Protestante, entró a una de sus crisis más profundas. Sobre esta etapa decisiva escribe Golo Mann:

> Carlos V hubiera deseado tener a su imperio bajo el control de su dinastía, pero él era al mismo tiempo Rey de España y dejó de ser alemán. La unidad que hubiera conseguido, si hubiera tenido las manos libres, no hubiera sido espontánea sino impuesta desde fuera. Carlos V tampoco hubiera podido encabezar el movimiento protestante porque de resultar victorioso hubiera dividido a su imperio multilingüe en Estados nacionales protestantes. No tenía otra alternativa que combatirlo.[14]

El emperador pasó el resto de su reinado haciendo frente a la tormenta. El resultado fue una nueva división: la Contrarreforma Católica se impuso en Austria, Baviera, el Rin y los espacios acotados del centro; mientras que el norte y el este de Alemania se convirtieron en protestantes. A las tradicionales divisiones del imperio, se agregaron las nuevas contradicciones religiosas entre el emperador católico y los príncipes y regidores protestantes.

No habría marcha atrás. La quiebra del orden unitario de la religión cristiana fue más allá de las cuestiones de dogma. Nuevos poderes políticos y económicos se consolidaron en el norte de Europa. Estos intereses buscaban su propio lugar, pues ya no cabían en el estrecho caparazón institucional del medievo. Habían aprovechado el descontento social por los abusos y la decadencia del papado, así como el apasionado liderazgo de Lutero, para alcanzar su independencia de la tutela católica.

La Paz de Augsburgo

Tras décadas de confrontaciones y persecuciones pudo lograrse un arreglo precario. Con la Paz de Augsburgo de 1555 se reconoció el nuevo estatus: la ruptura de la unidad cristiana y la existencia de dos religiones institucionales, la católica y la luterana. La Paz de Augsburgo no sólo fue un acuerdo religioso, pues incluía reformas y prescripciones seculares sobre cuestiones fiscales, económicas y jurídicas, relacionadas con la administración imperial. "Muchos de los artículos considerados religiosos en realidad no definían cuestiones de doctrina y se buscaba (por la vía de la imprecisión), llevar a los adherentes de las dos religiones en conflicto a coexistir en el mismo marco legal".[15] Era un acuerdo de coexistencia que, años más tarde, fue complementado con los debates de sus términos, con la fórmula que ha trascendido hasta nuestros días *cuius regio, eius religio* (aquél que gobierne, decide la religión).

Este compromiso dividía el espacio religioso del Sacro Imperio Romano Germánico, señalando, en algunos casos, fronteras claras y, en otros, no tan precisas, sobre todo en los territorios alemanes y bohemios, en donde estaban importantes principados o ciudades bajo gobiernos luteranos. Era un arreglo precario pero avanzado. Por primera vez se aceptó en Europa la coexistencia de dos religiones, mientras que en España, en los Estados italianos y en la actual Austria, el catolicismo mantenía su supremacía. Francia fue sacudida años más tarde por la escisión religiosa y, después de cruentos enfrentamientos, por el Edicto de Nantes promulgado en 1598, se aceptó la coexistencia con el protestantismo.

El orden previsto en la Paz de Augsburgo nunca llegó a madurar y sus previsiones debilitaron al imperio al fortalecer a los principados y ciudades alemanas, lo cual agravó los problemas de gobernabilidad en la región. Todos sabían que se vivía una tregua.

El Concilio de Trento, la Compañía de Jesús y la emergencia calvinista

En las décadas que sucedieron a la Paz de Augsburgo, los campos católico y protestante sufrieron cambios importantes. El catolicismo entró a un periodo de autoafirmación sobre sus bases más conservadoras gracias a la creación de la Compañía de Jesús y el Concilio de Trento:

> Con la fundación de la Compañía de Jesús en 1534 comenzó, en verdad, la contrarreforma. Fue ésta en un sentido la última y la más grande de las órdenes militares; una jerarquía de hombres altamente entrenados, unidos por votos de incuestionable obediencia a sus superiores y controlados por el General (de la Orden). En esencia, era ésta la organización de un ejército.[16]

Por su parte, el Concilio de Trento sesionó de 1545 a 1547 y volvió a reunirse de 1562 a 1563. Con el paso del tiempo fue endureciendo sus posiciones y estigmatizando a los herejes. "Sus últimos decretos se concentraron en la definición del catolicismo y en la elaboración de un programa para exterminar la herejía y renovar la vida católica".[17]

El emergente revanchismo católico habría de enfrentarse con un nuevo embate protestante: el calvinismo. Dos años después de la fundación de la Compañía de Jesús, Calvino publicó su *Institutio Christianae Religionis* en Suiza y su obra se difundió con sorprendente velocidad por Francia y Alemania para alcanzar a Austria y Bohemia.

Hasta entonces, la estabilidad había podido mantenerse por dos razones: en Alemania sólo existían dos religiones institucionales, la católica y la luterana; y la casa Habsburgo afrontaba una crisis por la sucesión de Carlos V y la presencia de los turcos en el Mediterráneo.

Mientras que los luteranos se transformaron de un movimiento rebelde a una religión institucional, la revolución calvinista era más radical pues colocaba por encima de la autoridad del sacerdote a la comunidad y la responsabilidad del individuo.[18] Las comunidades calvinistas se convirtieron en centros de discordia y ganaron poderosos adeptos entre los príncipes electores y la nobleza germánica.[19] Unas décadas más tarde, a principios del siglo XVII, el revanchismo católico, el desarrollo del calvinismo y la radicalización protestante estaban en camino de la confrontación.

La rivalidad entre los Habsburgo de España y Austria y los Borbones de Francia

Al inicio de la Guerra de Treinta Años las casas reales eran el eje de la concepción y la práctica del poder, y dos poderosas dinastías ejercían la mayor influencia en los asuntos europeos.

Los Habsburgo reinaron en el Sacro Imperio Romano Germánico desde 1438 y, mediante una cadena de matrimonios y herencias, obtu-

vieron vastos territorios. De 1477 a 1526 incorporaron a sus dominios los Países Bajos, Castilla, Aragón, Bohemia y Hungría y, 30 años más tarde, con la abdicación de Carlos V, el imperio se dividió entre su hijo Felipe II, fundador de la rama española; y su hermano Fernando, fundador de la rama austriaca.[20]

En la segunda década del siglo xvii, Fernando II encabezaba a la rama austriaca. Era un activo militante de la Contrarreforma Católica, un hombre rígido y de pocas luces que fue educado por los jesuitas y, antes de su elección al trono imperial, ya había dictado medidas en contra de los protestantes. De acuerdo con la descripción del nuncio papal Carlo Carafa, pasaba buena parte de su tiempo en los oficios religiosos.[21] Un hombre devoto y legalista para sus simpatizantes; y ultramontano, déspota y fanático para sus detractores. En una época de profundas transiciones Fernando estaba en el extremo opuesto del cambio y dispuesto a usar todos sus recursos para hacer retroceder al protestantismo.

España alcanzó su apogeo en las primeras décadas del siglo xvi, cuando en su imperio no se ponía el sol. La crisis económica que comenzó a finales de ese siglo se manifestó plenamente en el xvii con el descenso de la población y la contracción de todos los sectores económicos. "Del mismo modo, la convivencia interior se verá perturbada por la persistencia de viejos problemas políticos sin resolver (expulsión de los moriscos, guerras de separación de Portugal y Cataluña, rebeldía nobiliaria) y por la persistencia de la contestación popular".[22]

La falta de recursos por la caída de la actividad económica interna y el descenso de los suministros de plata y otros metales de las colonias proyectó sus efectos negativos en la política del imperio y sus involucramientos militares. Al inicio de la Guerra de Treinta Años, las élites todavía no eran conscientes de la profundidad de la crisis y la inevitable declinación del imperio: "la destrucción de su armada en 1588 afectó su prestigio, pero su ejército, particularmente su infantería (Los Tercios), mantenía un alto espíritu de lucha".[23] En los años siguientes, la revuelta de las provincias holandesas puso a prueba su eficacia militar. En 1621 llega al trono en España Felipe IV, quien reinó durante más de cuatro décadas. El cambio de corona abrió el camino a un astuto y ambicioso personaje, el Conde Duque de Olivares y, en 1624, España tuvo un año dorado de victorias en mar y en tierra que infundieron nuevos bríos al reino.

Si bien los Habsburgo ocupaban el mayor espacio en Europa, sus posesiones estaban separadas por el territorio más rico y poblado del

continente europeo: el del Reino de Francia. En 1589 la casa de los Borbón llegó al trono de Francia con Enrique IV de Navarra y, en las vísperas de la guerra, reinaba su hijo Luis XIII.

Aunque la rivalidad de los Habsburgo y los Borbones concentraba la atención política, Inglaterra emergió como potencia de los mares y estaba concentrada en sus conflictos internos. Mientras tanto, hacia el noreste, en las riberas del Báltico, dos monarquías, la sueca y la danesa, cobraban fuerza gracias al comercio y la navegación.

Bajo el reinado de Luis XIII, Francia comenzó a ser rescatada de un periodo convulso por uno de los más sofisticados políticos que ha dado el mundo europeo: el cardenal Richelieu, un verdadero prototipo de la obra de Maquiavelo. "Richelieu había estado desde 1624 al frente como Primer Ministro y, desde la caída de la fortaleza de los hugonotes de la Rochelle había pacificado al país con mano de hierro, mientras que con diestras movidas de ajedrez, diplomáticas y militares, lo había incorporado de nuevo al juego de poderes europeo".[24]

Francia fue más afectada que España por la secesión religiosa debido a su mayor proximidad a la rebelión. Carl Burckhardt nos describe —en pocas palabras— el paisaje político del país:

> En el siglo XVI Francia alcanzó el mismo estado de miseria que Alemania alcanzaría en el XVII durante la Guerra de Treinta Años; a la peste, las hambrunas y la lucha de facciones se agregaban las deudas, la inseguridad, la anarquía y la confusión. [25]

A lo largo del siglo XVII, Francia inició su unificación, pero no sería un proceso exento de grandes dificultades.

Olivares en España y Richelieu en Francia llegaron al poder con tres años de diferencia, el primero en 1621 y el segundo en 1624. Sus liderazgos colocaron a ambas dinastías en la ruta de una colisión de grandes proporciones. Al principio, ambos compartieron un camino ascendente, no exento de permanentes desafíos. Sin embargo, su rivalidad, así como sus contrastantes destinos —la derrota final del primero y la victoria definitiva del segundo—, crearon una barrera entre dos políticos que no eran tan distantes. En su penetrante estudio comparativo sobre estos personajes, John Elliott señala que ambos tenían como "misión restaurar la autoridad real (o la del Estado dinástico), en España, la que tuvo Felipe II o Fernando el Católico y, en Francia, la que existió antes de las guerras de religión". Ambos estaban embarcados en la misma tarea de la manera que Richelieu describe

en su testamento: "como el arquitecto que no tira el edificio pero utiliza sus habilidades para corregir sus defectos y los reduce a una tolerable simetría".[26]

Los Habsburgo y el papado

Por medio del Tratado de Tordesillas, Alejandro VI dividió el Nuevo Mundo entre España y Portugal. El imperio español se convirtió en la avanzada de la evangelización americana y, mientras que otros monarcas marcaban su distancia con Roma, se fue construyendo una especial relación de complicidad política y mutuo beneficio que no estaba exenta de intrigas y divergencias.

La especial relación de los Habsburgo de España se complementó con los estrechos vínculos de los Habsburgo de Viena con el papado. Ante la rebelión de los herejes protestantes, los ejércitos de los Habsburgo eran el sostén de la Iglesia católica, mientras que ésta respaldaba su legitimidad imperial.

La Guerra de Treinta Años

Las rivalidades entre Habsburgos y Borbones, los enfrentamientos en el Sacro Imperio Romano Germánico, la emergencia de nuevos estados con ambiciones territoriales en las riberas del Mar Báltico y el frágil arreglo religioso eran los componentes de un entorno político combustible. En algún lado tenía que estallar la violencia.

La ruptura ocurrió con la elección de Fernando II de Habsburgo, en 1617, como rey de Bohemia, una región predominantemente protestante. Su elección ocurrió en un momento de inquietud y desgaste de los Habsburgo con la nobleza local: su predecesor había negociado, en 1609, la Real Carta de Tolerancia como una fórmula de respeto y convivencia. Fernando tuvo que garantizar públicamente su cumplimiento en contra de sus convicciones religiosas y sus impulsos absolutistas, "después de que su confesor lo convenciera de que la necesidad política justificaba una disociación de su sinceridad".[27] No pudo tolerar por mucho tiempo esa incongruencia ni el espíritu libertario de sus súbditos: meses después se enfrentó a la dieta de nobles de Bohemia que decidió su desconocimiento.[28] Este episodio fue la causa inmediata de la guerra.